

# EL MATE

**A**l comenzar esta nota sobre el mate, aclaro que no se trata de un estudio metódico o científico. Será apenas el bosquejo de un rito, típicamente sudamericano, y la presentación real y espontánea de uno de los placeres más agradables y sanos que en el momento existen.

La necesidad de tomar mate — y omito deliberadamente la palabra «vicio», porque entonces habría que extenderla al comer y al dormir — constituye todo un culto. En esto finca la fundamental diferencia con sus parientes lejanos, el té y el café, que en el fondo son meras costumbres.

No trataré de su historia. Sólo haré constar que el mate es autóctono y regional de América del Sur. Y por excelencia podría decir que es toda una institución rioplatense. Su origen es tropical, por cultivarse allí uno de sus elementos, la «yerba». Pero su utilización y su goce más intenso se desarrolla en el Uruguay y en la Argentina.

Trataré de dar ahora una idea sumaria de lo que es y de los componentes de este rito, que requiere tres utensilios indispensables. A saber, una especie de calabaza pequeña, que es el mate propiamente dicho. Es un producto vegetal, hueco, de forma redondeada — en su molde clásico — con un orificio circular en su parte superior, y hecho como para que el tomador le ofrezca el hueco cariñoso de su mano.

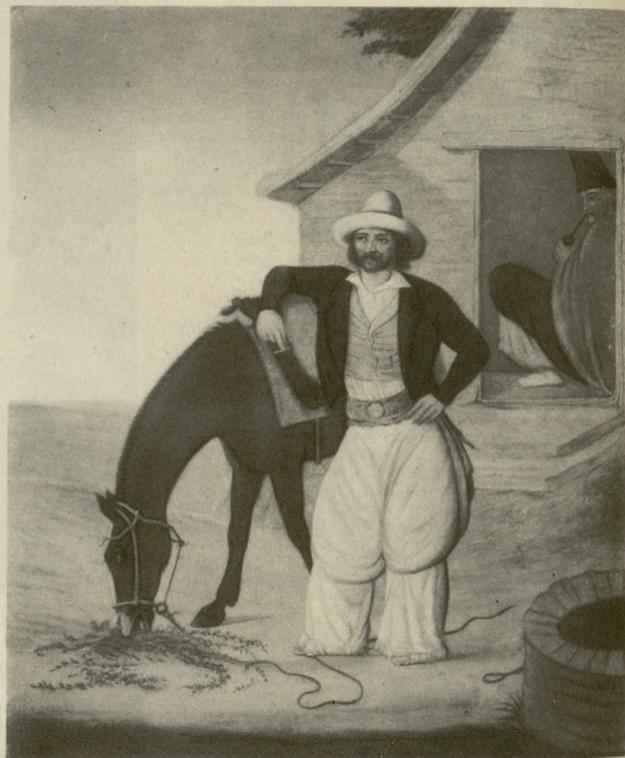
La «bombilla», que es un tubo de metal, afinado en la punta y cuya parte inferior, que se introduce en la calabaza, presenta la forma de colador. Y por último la yerba, que es un término medio entre el café y el té, pero con un color verde claro, típico y diferenciado, que a veces se suele aplicar en los requiebros a una mujer, refiriéndose a «sus bellos ojos color yerba mate».

Con esto, y con abundante cantidad de agua muy caliente, ya está todo pronto. La operación de «empezar» el mate es complicada dentro de su sencillez. Omito detalles para decir que, una vez la yerba pronta, se echa un poco de agua, que se sorbe lentamente por la bombilla.

Esta operación tan simple en apariencia, admite infinidad de matices, de variaciones, de virtuosismos, con que cada «matero» aumenta su deleite. Pero la brevedad de esta nota no nos permite detenernos a tratarlos. Y tampoco puedo hacer referencia a los diversos aspectos de las luchas, conflictos y polémicas que se han suscitado entre los cultores del «mate dulce» (al que se agrega a cada sorbo un poco de azúcar) y los respetuosos defensores del «mate amargo», que es el que acabamos de bocetar. Yo me confieso apasionado miembro de este último partido, y considero a los «dulcistas» como a los antiguos herejes y reformistas, que provocaron un cisma en la unidad del mate, que nunca debió perderse.



Ilustramos este trabajo sobre «El mate como bebida de Hispanoamérica» con unos interesantes grabados reproducidos de la revista «Unismo en el Uruguay». Arriba: «Mate dulce», óleo de F. E. Bauer (Museo Nacional de Bellas Artes de Montevideo). En el centro: Oleo de autor desconocido que realza el típico uruguayo. Abajo: Típicos «porongos» de la valiosa colección que se conserva en el Museo Municipal de Montevideo. Y en la siguiente página: Cinco «porongos» más pertenecientes a una colección particular.



Veamos ahora, someramente, la influencia del mate en el hombre.

El mate, con todos los requisitos expuestos y otros que omitimos, presupone un arte y un ritual. Quien va a tomarlo tiene que estar predispuesto. Debe llevar implícitamente en su deseo la idea de una pausa. Porque la operación es relativamente larga: calentar el agua, llenar la calabaza, «hinchar» la yerba; en una palabra, «empezarlo», como técnicamente se dice. Luego, al tomarlo, y comenzado el deleite, es preciso hacerlo lento, suave, tierno, voluptuosamente. Porque el mate detiene al tiempo.

Por lo menos se debe contar con una hora (y cuán rápidamente pasa, por desdicha, este lapso). Porque no hay nada más feo ni chocante que tomar el mate de prisa. Horrible herejía que a mí se me antoja peor aún que la de los «dulcistas». Debido a que el mate presupone casi una cadencia, un ritmo, un compás que, silenciosamente, proclama la serenidad, la pausa, la lentitud.

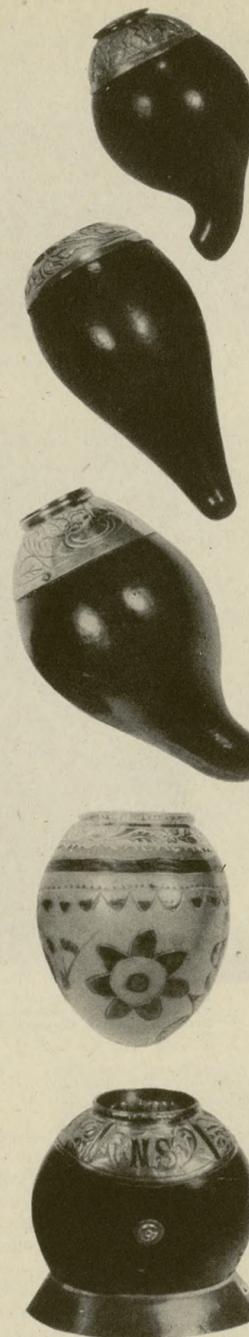
Con referencia al hombre, este rito proporciona un amigo, el mejor y más inseparable compañero, aquel que calla y que comprende nuestras soledades.

Cuando se trata de un grupo, el mate es un amigo más, el más generoso y el más solicitado.

En el campo, en la campaña o en la pampá, el mate es indispensable. Después de la faena diaria, los peones se reúnen con la caída de la tarde, alrededor del fuego (el «fogón» en términos criollos). Y mientras llega la comida, el mate rueda de mano en mano, como un premio a la labor terminada y como una ofrenda de amistad, sencilla y callada — el «gaucho» es también así — del uno para el otro.

Si se trata del gaucho vagabundo, el solitario que recorre (mejor dicho, recorría) las pampas, con su guitarra, sus arcos y su mate, al detenerse para reposar a la vera del camino, enciende fuego — remedo de su hogar trashumante — y en compañía de su cálido y fiel amigo, el mate, recuerda, piensa, medita y evoca.

El mate es la compañía de los grupos y de las soledades. Siempre humilde, siempre cálido y silencioso, y siempre pronto a ofrecerse, es el amigo incomparable que, en silencio, parece reír con la alegría y también comprender las penas, con el más elocuente respeto: el que sabe callar.



Por eso considero yo que el mate es un filósofo. Cuya escuela explica y define el carácter y la psicología del rioplatense.

Y por eso siempre me rebelo cuando se asimila el mate al té, por más que éste tenga su galardón glorioso, como causa primordial de la independencia de los Estados Unidos, o al café. Esta comparación me parece una blasfemia.

Tanto el té como el café son meros pretextos para reunirse la gente. Se sirven y se beben rápida y pasivamente. Constituyen goces puramente materiales. En cambio, el mate es un valor en sí. Implica una lección de calma y es, sobre todo, un amigo.

Si uno está solo, no se dedica a tomar mate porque se medite, sino que, por el contrario, se medita porque se toma mate. Y muchas veces los amigos no se reúnen por amistad, sino para realizar conjuntamente el típico culto.

Entrando ahora al aspecto de sus efectos, diremos que son particulares. Debido a la «mateína», alcaloide semejante a la cafeína, es un poderoso excitante, superior en intensidad y en duración al que pueden originar el té o el café. Las consecuencias sociológicas que se derivan de este aspecto las postergo para otra oportunidad. Sin embargo, y a vía de ejemplo, diré que tomar mate por la mañana y en ayunas, es preparar, despejar la mente y la cabeza para un alegre despertar hacia la vida.

Por otra parte es un gran estimulante cardíaco. No obstante esto, algunos herejes le atacan diciendo que es nocivo para el hígado o para el estómago. No sé qué verdad puede haber en estas afirmaciones, pero se me ocurre que ellas son debidas al resentimiento.

Porque el mate, como buen criollo, es tímido y, por ende, receloso. No entrega su amistad de inmediato. Prudentemente, la somete a prueba. Esto explica el por qué al primer sorbo, la gente puede encontrarlo desagradable.

Lo que ocurre es que el mate odia ser presentado así, como una curiosidad, en forma frívola o como un «snobismo». Porque cuando se entrega lo hace sencilla y enteramente, ofreciendo su amistad y su compañía para siempre.

Por todo ello, tomar un mate es saborear el agri-dulce placer de la intimidad. Con el mate uno está consigo mismo. Y en esta pausa, en la que se vive algo del interior de cada uno y que es tan necesaria para la vida de todos los días, se recibe el aliento cálido, silencioso y amargo — la comprensión siempre es un poco amarga — de este querido amigo, como si fuera un apoyo, un consuelo, un sostén en él y en uno mismo, para seguir en esta larga senda de las horas y los años.

RIVAS MICOUD

## EL MATE AMARGO

Nosotros, los criollos, también tuvimos nuestro Adán criollo a quien Dios, de una costilla, le formó una Eva que le presentó como compañera.  
Luego de la chica le trajo el pingo, para la lidia del trabajo y la diversión del paseo o de las carreras, el pingo que no se presta, como la guitarra, que también le regaló para endulzar los pesares, para ensayar estilos, tristes y vidalitas, donde volcar la poesía de su alma.  
Más adelante, para defenderlo de la intemperie, le construyó el rancho, en cuyos horcones se colgaría una rústica cuna y en cuyo fogón se asaría el churrasco para alimentarse.  
Después le trajo el perro vigilante y la alondra matinal de la calandria autóctona para, en la aurora, despertarlo con su música desde la enramada.  
Y el hombre con todos esos tesoros, aun parec'a no estar contento.  
Y Dios le preguntó:  
— ¿Qué te falta?  
El paisano le contestó, filosofando:  
— Todo pasa, Tata Dios, menos el dolor. Habrá momentos en los que no tendré ganas de cantar, cuando sea viejo no montaré el pingo, el hijo hará rancho aparte, se puede alzar el perro, caerse la casa. Y a mí no me restaría un compañero. Un compañero para contarle despacio las penas, las tristezas de la vida, que me haga sentir su caliente mano de varón y que sea serio, callado y fiel.  
Entonces Dios le regaló el mate amargo.

MONTIEL BALLESTERO S

